

Conoció más a su abuela, que era aragonesa. Pero vive desde hace veintitrés años en la ciudad de su abuelo, Buenaventura Molina. Jorge Salinas es dramaturgo, director teatral, argentino, y uno de los impulsores de Cincómonos, espai d'art. También un conversador delicioso, un tejedor de diálogos que dejan sedimento, tal vez el origen de su creación. Cuando una entrevista pierde su forma, y se va convirtiendo en una conversación, es una buena señal. Junto a Catalina y el tren, Jorge Salinas evocaba a sus abuelos, que en la primera década del siglo pasado, comenzaron un viaje que él continúa.

Ella era de Teruel, y él de Pueblo Nuevo, de Barcelona. Llegué a conocer su casa, porque lo primero que hice al llegar acá fue ir a verla, sólo tenía la dirección. Yo llegué acá antes de las olimpiadas y la pude conocer, después la Vila Olímpica la pasó por encima. Era una casa muy vieja, recuerdo que esa zona era bien campo y que había una riera.

Mi abuelo fue a la guerra de Cuba, y al regresar, como no era hereu, y en aquel momento España no estaba en una situación económica demasiado buena, no tenía muchas posibilidades. En aquel entonces los veteranos de guerra no tenían ningún tipo de pensión ni ayuda. Entonces fue primero al Uruguay, y ahí estuvo administrando un campo. Volvió aquí, recogió a mi abuela y se fueron a Buenos Aires. Calculo que sería hacia 1910; mi madre nació en el 14. Ellos se fueron juntos, ya como pareja, y tendrían unos veintipocos años.

La nostalgia del paladar

En Buenos Aires no le fue demasiado bien, porque nunca fue un hombre de una posición económica holgada, ni fue un gallego triunfador; trabajaba de portero en una finca. Era un buen hombre. Siempre recuerdo que me hablaba mucho de España, que en España era todo mejor. Y me hablaba mucho del ensanche, le había impresionado mucho, hablaba de los jardines del ensanche, de la estructura de las casas. Y hablaba muchas palabras en catalán que yo no entendía. Comíamos pan con tomate en casa, y cuando yo les decía a los chicos del colegio cómo era o que comía se extrañaban. Pero estaba buenísimo.

Ahora, después del tiempo, entiendo que con la lejanía uno idealiza los lugares. Y eso es lo que le pasaría a mi abuelo. Él murió allá; nunca pudo volver, entonces idealizaba su tierra. Lo que él hacía era transmitirme a mí excelencias, sobre todo del aceite o de determinadas comidas.

fernandoblasco.com

Tenían buena relación con la ciudad, nunca despreciaron el lugar donde fueron. Estaban orgullosos de la Argentina, estaban orgullosos de su barrio, de su casa. Supongo que sí, que se adaptaron, ellos desarrollaron toda su vida allí, y nunca me hablaban de Argentina como si fuera un mal lugar.

Influyeron esos relatos en su decisión de venir a Barcelona?

Directamente no influyó, esto debe de ser algo que te trabaja interiormente. Cuando me pregunto por qué elegí Barcelona, la respuesta es que no lo sé. Cuando nosotros decidimos irnos de nuestro lugar, porque nos teníamos que ir, elegimos Barcelona. Pero ni siquiera estaba de moda, como estuvo mucho tiempo después. Era otra ciudad cuando llegué, una ciudad más tranquila. Yo vine a quedarme, nunca me planteé vengo por un tiempo, sólo vengo, si después me tengo que ir de nuevo me voy.

Cuando visité el barrio de mi abuelo quise ver más allá de lo que había, pero la verdad es que no pude, aunque tengo una visión de fantasear con el mundo. A lo mejor puede ser que la cosa de la emoción me llevo a mirarlo casi como un observador, un poco imparcial. Me pasó igual cuando volví a la Argentina a los sitios de mi niñez. En el Pueblo Nuevo no había nadie que recordara el nombre de mi abuelo, nadie que hubiera conocido a la familia Molina.

Una misma historia

Después de mucho tiempo de estar aquí, veo una relación entre las historias; yo siempre dije que venía a desandar el camino, y también me gusta la visión de volver a empezar. Es como que uno viene a entregar a sus hijos a la tierra; mis hijos han nacido todos en la Argentina, pero todos hablan catalán perfectamente, todos piensan como catalanes; se han hecho aquí, y en realidad es la sangre de uno.